



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 23 de julio de 1989

«Corazón de Jesús, obediente hasta la muerte, ten piedad de nosotros»

1. Queridos hermanos y hermanas: esta invocación de las *Letanías del Sagrado Corazón* nos invita hoy a contemplar el *Corazón de Cristo obediente*. Toda la vida de Jesús está bajo el signo de una perfecta obediencia a la voluntad del Padre, suprema y coeterna fuente de su ser (cf. *Jn* 1, 1-2): uno solo es su poder y su gloria, una sola su sabiduría; es recíproco su infinito amor. Por esta comunión de vida y de amor, el Hijo se adhiere plenamente al proyecto del Padre, que quiere *la salvación del hombre mediante el hombre*: en la "plenitud de los tiempos" nace de la Virgen Madre (cf. *Ga* 4, 4) con un corazón obediente, para reparar el daño causado al género humano por el corazón desobediente de los primeros padres.

Por esto, al entrar en el mundo Cristo dice: "He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad" (*Hb* 10, 7). ¡"Obediencia" es el nuevo nombre del "amor"!

2. Los Evangelios nos muestran a Jesús, en el transcurso de su vida, siempre dedicado a hacer la voluntad del Padre. A María y José, que durante tres días, afligidos, lo habían buscado, Jesús, que tenía doce años, les responde: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? (*Lc* 2, 49). Toda su existencia está dominada por este "yo debo" que determina sus opciones y guía su actividad. A los discípulos dirá un día: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (*Jn* 4, 34); y les enseñará a orar así: "Padre Nuestro, ... hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo" (*Mt* 6, 10).

3. Jesús obedece *hasta la muerte* (cf. *Flp* 2, 8), aunque nada le resulte tan radicalmente opuesto como la muerte, ya que Él es la fuente misma de la vida (cf. *Jn* 11, 25-26).

En aquellas horas trágicas le sobrevienen, inquietantes, el desconsuelo y la angustia (cf. *Mt* 26, 37), el miedo y la turbación (cf. *Mc* 14, 33), el sudor de sangre y las lágrimas (cf. *Lc* 22, 44). Luego, en la cruz, el dolor desgarró su cuerpo traspasado. La amargura -del rechazo, de la traición, de la ingratitud-, llena su Corazón. Pero sobre todo domina la paz de la obediencia. "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (*Lc* 22, 42). Jesús recoge las fuerzas extremas y, casi sintetizando su vida, pronuncia la última palabra: "Todo está cumplido". (*Jn* 19, 30).

4. Al alba, al mediodía y al atardecer de la vida de Jesús, late en su corazón un solo deseo: hacer la voluntad del Padre. Contemplando esta vida, unificada por la obediencia filial al Padre, comprendemos la palabra del Apóstol: "Por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos" (*Rm* 5, 19), y la otra, misteriosa y profunda, de la *Carta a los Hebreos*: "Aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia: y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen " (5, 8-9).

Que María Santísima, la Virgen del "hágase" tembloroso y generoso, nos ayude también a nosotros a "aprender" esta lección fundamental.

Después del Ángelus

Mi más afectuoso saludo se dirige ahora a las numerosas personas llegadas de América Latina y España para participar en este filial homenaje a la Virgen María. Me es grato saludar a todos los que, en la Plaza de San Pedro o a través de la Radio y la Televisión, han querido unirse espiritualmente a nosotros.

Jesús en el Evangelio de hoy nos invita a acogerlo en nuestros corazones con serenidad y atención, para poder escuchar mejor su Palabra divina y servirlo diligentemente, evitando toda forma de ansiedad. Que sea Jesús vuestro compañero y guía predilecto en este tiempo de vocaciones.

A vosotros y a vuestros seres queridos bendigo de corazón.